

2

PIEZAS SUMERGIDAS

POR A. F. MOLINA

UN LORO CONSECUENTE

UN HOMBRE ESTÁ SENTADO EN LA TERRAZA DE SU JARDÍN ANTE UNA MESA DE CRISTAL CON PATAS DE HIERRO. PARECE QUE LLEVA ALLÍ MUCHO TIEMPO SIN HACER NADA Y SIN PENSAR EN UNA COSA DETERMINADA. TAMPOCO PARECE ESTAR PASANDO EL TIEMPO. ES ALGO ASÍ COMO SI ESTUVIERA DURMIENDO CON LOS OJOS ABIERTOS. CERCA DE ÉL UN LORO EN UNA JAULA.

EL LORO.—Buenos días, buenos días.

El hombre parece no haberle oído.

LORO.—¡Buenos días, imbécil!

HOMBRE.—Sí, efectivamente soy un imbécil, pero ¿cómo lo sabe?

LORO.—¡Imbécil!

HOMBRE.—En efecto, soy un imbécil. No he sido otra cosa en toda mi vida. Y ya es tarde para cambiar.

LORO.—Imbécil

El hombre se levanta con aire preocupado.

HOMBRE.—No me ha salido bien ni una sola cosa, ni una. Caray, ni que lo hubiera hecho a propósito me había salido tan mal. Y aquí estoy, traspasada más de la mitad de la vida y sin haber hecho

nada. Ni trabajar, ni triunfar, ni divertirme.

LORO.—Ni divertirme, ni divertirme, ni divertirme. ¡Gilipollas!

HOMBRE.—Hoy estamos a...

LORO.—Día cinco. Día cinco, una tacita de chocolate.

HOMBRE.—Quizá sea el día cinco, sí, quizá sea el día cinco pero ¿de qué mes?

LORO.—De agosto.

HOMBRE.—No creo, la temperatura es muy distinta a la de este mes. No creo que estemos en agosto. Tampoco me importa pero ¿a quién se lo pregunto si tuviera interés en saberlo? Son preguntas que no se deben hacer. Es mucho más indiscreto que preguntarle a uno la edad o si tiene almorranas o padece flato. No preguntaré nunca el mes en que vivo, pro-

- curaré saberlo por los periódicos. Pero esto también me confunde. Son tantos los periódicos que se amontonan que cualquiera sabe cuál es el que corresponde al día de hoy, siempre queda la duda de que sea un número atrasado.
- LORO (*Riéndose*).—¡Aaaaaaaaay, que tonfo eres. Aaaaaaaaay que me troncho!
- HOMBRE.—Eres el eco de mi conciencia. No puedo enfadarme contigo, no puedo enfadarme, no puedo.
- LORO.—¡Idiota, idiota, más que idiota!
- HOMBRE.—Podías dormirte, ya te he oído.
- LORO.—No me duermo porque no me da la gana. Además, no puedo dormirme teniéndote ahí con esa cara de circunstancias que da la impresión de que tienes la sospecha de que realmente eres algo importante en el universo, o que es una injusticia que realmente no sea así pues tu impotencia, la conciencia de tu impotencia es la prueba de que llevas algo divino dentro.
- HOMBRE.—Si no te mato es porque precisamente hay algo en tí que me recuerda a alguien de mi familia, será a mi difunta, será a mi papá, será a mi abuelo.
- LORO.—¡Viva el Real Madrid!
- Siente un sobresalto y se lleva la mano a la cabeza.*
- HOMBRE.—¡Joder! Creí que había entrado alguien en mi casa.
- LORO.—Estamos solos, tú y yo y las ratas. No hay nadie.
- HOMBRE.—Te podría asesinar impunemente.
- LORO.—Lo tendrías que hacer con mucho cuidado porque al menor descuido te arrancarías un dedo, del dolor te desvanecerías y mientras tanto morirías desangrado. No es tan fácil matarme.
- HOMBRE.—Te puedo dejar morir de hambre y de sed.
- LORO.—Bueno, eso te lo crees tú. Inténtalo. Mientras tanto tendría que pasar al-
- gún tiempo. Tú no sabes cuál es la resistencia de un loro. He visto nacer y morir a muchos de tu familia. Soy más antiguo que tú en esta casa y a lo mejor soy incluso anterior a esta casa. ¿Tú sabes cuánto vive un loro?
- HOMBRE.—Doscientos años.
- LORO.—Eso se dice, pero vivimos bastante más, algunos loros viven desde siempre. Entre los de mi raza no es imposible que haya alguno que alcance la inmortalidad. Nosotros somos la leche, te lo aseguro.
- HOMBRE.—Te puedo matar a tiros.
- LORO.—¡Ja ja. no me hagas reír. Tú eres incapaz de acertar a un autobús desde un metro de distancia.
- HOMBRE.—Sí, eso es cierto. Me tiembla el pulso y no veo tres en un burro.
- LORO.—Desengáñate. No hay nada que hacer, si te digo que eres un imbécil tengo razón, y no puedes hacer nada. Sólo te queda el recurso de insultarme, ningún otro. Y eso es un recurso muy triste para tí que has recibido una cuidada educación. No te hicieron ningún favor al educarte de esa manera. ¿lo comprendes? Eso ha sido un lastre más en tu vida, no lo dudes.
- HOMBRE.—Amo mío, amor mío, te odio, pero lo concedo, tú eres el más fuerte. Vivir contigo, en adelante sería para mí vivir en la esclavitud, y si me voy de esta casa, ¿qué será de mí? Estoy hecho a la humedad de estas paredes. Más vale morir que claudicar. *Alea jacta est. (Se toma una pastilla que le causará la muerte)* Adiós, adiós amigo, adiós amor mío. (*Muere*).
- LORO.—Lo he conseguido. Uno tras otro todos han ido cayendo. Ya soy el único heredero. Dentro de trescientos o de cuatrocientos años se habrá inventado algo que pueda transformar a los loros en hombres o en caballos. Entonces disfrutaré a mi gusto de la fortuna haciendo durante una temporada el golfo.

JUGAR

UN HOMBRE Y UNA MUJER. ELLA ESTÁ VUELTA DE ESPALDAS MIRANDO POR LA VENTANA.

MUJER.—Un barco que venía hacia aquí ha atravesado el horizonte. Ya no se le vé. ¿Me oyes?

El, sentado ante una mesa, se ocupa en deshacer un paquete.

MUJER.—Roberto, Roberto. ¿Me has oído, Roberto?

ROBERTO.—¿Qué dices? Estoy muy ocupado. ¿Quieres algo?

MUJER. No, no quiero nada. (*Una pausa. Roberto está muy atareado deshaciendo su paquete*). Una nube ha cubierto todo el horizonte. Tiene forma de árbol... ahora parece un castillo... se ha transformado en un cerdo... es una bola enorme, que se aprieta, se aprieta y parece que va a estallar... ¿No vienes a verla?

ROBERTO.—No puedo, estoy muy ocupado. Espera un momento.

MUJER.—Te la has perdido. La nube desapareció.

ROBERTO.—Ah, ¿sí? ¡Lástima! (*Sin levantar la cabeza*), ya sabes que me gustan mucho las nubes. Otra vez será.

MUJER.—Roberto, atiende Roberto. Delante de la ventana se abre un libro inmenso. En sus páginas hay grabados, tienen signos que yo no descifro y hay mujeres muy bellas. Algunas vestidas de la cabeza a los pies con trajes muy amplios. Otras llevan ropas muy ceñidas como si estuvieran equipadas para hacer una excursión submarina, o para un viaje interplanetario. Y algunas van completamente desnudas. En cada página abierta se leen las palabras PRINCIPIO, en la izquierda y FIN en la de la derecha. ¿Me oyes, Roberto, me oyes?

ROBERTO.—Te estoy oyendo, amor, te estoy oyendo, déjame que desembale, déjame.

MUJER.—Se ha cerrado el libro y ahora es la oscuridad lo que cuelga de la ventana.

Una lucecita muy débil es lo que se ve allá lejos, una lucecita muy débil, ¿me oyes?

ROBERTO (*Sin prestarle casi atención*).—Sí, te oigo, clado que te oigo. Pero orita estoy ocupado. (*El bulto está para terminar de desembalarse de un momento a otro*).

MUJER.—Tu actitud resulta casi sospechosa. No quiero volverme para ver lo que estás haciendo. No me negarás que ésta es una gran prueba de confianza. Tú, ¿qué piensas?

ROBERTO.—Ya falta poco, amor, ya falta poco. Enseguida te atiendo.

MUJER.—Sigue, sigue con lo tuyo. No te cuides de lo que ocurre más allá de estas cuatro paredes. Ahora el bosque avanza.

Roberto termina de desempaque tar el bulto.

ROBERTO.—Mira que cosa más extraña. Yo diría que es un juguete. Pero pesa tanto.

Roberto tiene en sus manos una metralleta.

MUJER.—El bosque avanza y tú no te cuidas de ello.

ROBERTO.—¿Para qué habrán mandado esto? No es mi cumpleaños. No es el día de Reyes. Tampoco son los Inocentes. No entiendo. Además, aquí nadie me conoce. Han muerto todos nuestros amigos.

MUJER.—Sí, uno tras de otro, todos han muerto; todos.

ROBERTO.—Que le vamos a hacer, niña, no nos pongamos tristes, mientras tanto podemos jugar, ¿no te parece?

MUJER.—Si te obstinas en ello..., como tú quieras.

Se vuelve. Es una mujer muy bella, de facciones rígidas.

ROBERTO.—Tanto tiempo que no te veo la cara. Me había olvidado de cómo eras. Esto es una fiesta para mí. Déjame que te contemple.

MUJER.—Mira, mira cuanto quieras, aquí me tienes.

Roberto la mira.

ROBERTO.—Gracias, niña, gracias, no me canso de mirarte. Ahora jugaremos.

MUJER.—Sí, claro, podemos jugar. Trae eso.

ROBERTO.—¿Conoces el juguete?

MUJER.—Por supuesto, me es familiar.

ROBERTO.—Entonces, adelante.

Ella se quita la careta que cubría su rostro y se muestra con una faz fiera que recuerda a la de los samurais. Le apunta y dispara sobre él a quemarropa. Cuando cae al suelo continúa un momento haciendo disparos.

MUJER.—Todos son igual. Todos se obstinan en que juguemos.

Se coloca de nuevo de espaldas asomada a la ventana.

